

administrativas á favor de los pueblos , y se anunciaban otros importantes proyectos de ley sobre la enagenacion de los bienes nacionales y de propios, para subvenir á los gastos de un sistema general de caminos y canales y á la extincion de la Deuda ; sobre libre circulacion interior ; sobre la creacion de *bancos de provincia*, partiendo de la base de los pósitos , y sobre los medios de fijar de una manera decorosa la suerte de los regulares.

Pedíase autorizacion para introducir modificaciones en las rentas públicas á fin de proponer un plan completo de Hacienda, que seria presentado á las futuras Córtes, y terminaba aquel documento con estas notables palabras :

“El Gobierno representativo es el que más conviene á la civilizacion actual : mi intencion es que esta nacion , tan digna de ser libre y feliz, goce las libertades que emanan de aquel régimen, unidas al órden público , condicion necesaria de toda sociedad humana. Grandes sacrificios ha hecho y continua haciendo este pueblo magnánimo por sostener el trono de mi augusta hija. Mi nombre está asociado, quizá por una particular disposicion del cielo, á estos generosos esfuerzos , y yo no escasearé tampoco , mi desvelo, ni sacrificio alguno para que reciban los españoles la digna recompensa en la consolidacion de su libertad y de su ventura.”

II.

Como garantía de que se deseaba cumplir tan lisonjeras promesas , el Gobierno se apresuró á nombrar para el mando de las provincias aquellas personas que podian inspirar mayor confianza ; y como prenda de union, mantuvo al frente del ejército del Norte al general Córdoba, el vencedor de Mendigorria, desatendiendo las pretensiones del Ayuntamiento de Pamplona , que solicitaba fuese nombrado Mina para aquel importante cargo , al mismo tiempo que lo deseaban para sus respectivos distritos las juntas de Zaragoza y Barcelona. Encargóse á Palafox la capitania general de Aragon, y á Mina la de Cataluña , cuyo nombramiento recibió este general en Pau el 2 de Octubre.

Antes de aceptar el mando militar del Principado , quiso Mina conocer á fondo las intenciones del Gobierno acerca de la marcha política que este se proponia seguir, y manifestó su desconfianza de que se calmase la efervescencia que existia,

mientras los jefes del movimiento tuviesen un pretexto para continuar su obra, “por ser su objeto, decia, la reunion de Córtes generales, elegidas libre y espontáneamente para arreglar las cuestiones que se agitan, y de las que depende la suerte futura de la nacion.” Para el caso de marchar él á Cataluña, preguntaba si la junta de Barcelona se habia de disolver, y si para ello se contaba con la voluntad de aquel cuerpo, ó si habria que obligarle, bien fuese por la persuacion ó por la fuerza. Exigia una respuesta categórica á esta pregunta, y añadia: “Si recibiese mi nombramiento sin venir acompañado de algunas instrucciones, muy necesarias en el dia, aceptaré el cargo; pero antes de posesionarme de él, pediré alteraciones sobre la conducta que deberé observar, y si ellas no fuesen compatibles con los sentimientos que me han dominado en todo el curso de mi vida, renunciaré y dejaré que *otro menos escrupuloso que yo* vaya á ocupar aquel destino.”

Es digna de notarse esta desconfianza de Mina, aun despues de la caida del ministerio Toreno; porque pone más de manifiesto las causas reservadas que habian promovido la agitacion del país, y confirma la apreciacion que hemos hecho de los motivos que tuvo aquel general para dejar el mando del Ejército del Norte.

La respuesta del Gobierno fué satisfactoria, y Mina se encargó de la capitania general de Cataluña, donde su presencia era vivamente deseada; y en cuanto llegó á Barcelona, la junta revolucionaria se disolvió por sí misma, el 25 de octubre, estableciéndose la mejor armonía entre el pueblo catalan y su primera autoridad militar.

Gravísima era en aquellos momentos la situacion del Principado, por lo tocante á la guerra, y nada puede pintarla con tan vivos colores como la exposicion que dirigió á Mina la Junta de la Montaña, establecida en Cardona, la cual, despues de referir el estado precario y angustioso en que se habian hallado las facciones durante mucho tiempo, añadia lo siguiente:

...“Ahí tiene V. E. la época pasada: veamos la presente. Desocupados todos los puntos militares; las poblaciones abandonadas; Solsona y Berga bloqueadas, y sin que con fuerzas que no sean muy respetables se pueda salir de sus puertas. Samsó, teniendo fijado su asiento en San Lorenzo de Morunys, y recogiendo en aquel pueblo cuantos víveres y provisiones vienen destinados á nuestras poblaciones, dicta desde allí sus leyes con el mayor sosiego y seguridad; al propio tiempo que, estableciendo un hospital en el santuario de Nuestra Señora del Hort, nos acredita la prepotencia que han tomado las huestes rebeldes, cuando es sabido que en la pa-

sada época era la pena mayor que los affigia , teniendo que curar sus heridos en alguna cueva ó barraca, y á lo más fiándolos á la contingencia de alguna casa liberal, á la que se obligaba con terribles amenazas. Oliana, Orgañá, Torá, la incomparable Tuxent y otras ocupadas por el enemigo ; extendido este por varios otros puntos del Principado, y lo que es más, con poder para obligar á nuestras tropas á una marcha retrógrada desde la Seo de Urgel hasta Agramunt, pasando por esta plaza y Calaf, despues que el infeliz y valiente comandante Sebastian, con su acreditada y meritoria columna , estuvo á punto de perderse entre los tres puentes de Orgañá... Solamente trasladándose á este desgraciado país es como de ello puede tenerse una idea.,

Necesario era el concurso de todos los hombres adictos á la Reina y á la libertad para hacer frente á esta situacion calamitosa ; y al patriotismo de todos apeló Mina, encareciendo la union y la constancia en los sacrificios para asegurar la paz y el órden, declarando guerra á muerte á los carlistas que no se sometiesen , ofreciendo proteccion á los que depusieran las armas, y mostrándose decidido él mismo á combatirlos denodadamente hasta exhalar su último aliento. Creó una junta de armamento y recursos ; encomendó á la Guardia nacional la defensa de los fuertes y la conservacion de la tranquilidad pública ; formó un batallon de Guias, compuesto de los jóvenes emigrados ; dictó las órdenes convenientes para la distribucion de las fuerzas, y envió al valle de Aran á D. Pascual Madoz para que , armando toda la gente de aquel país , cuyo espíritu se mostraba resueltamente liberal , impidiese la entrada de los auxilios que recibian los carlistas por aquella parte.

En aquellos dias , á principios de Noviembre , hizo su entrada en Barcelona , en medio de un gran entusiasmo, la columna que mandaba el coronel Luna, compuesta de dos batallones de *la Blusa*, varias rondas volantes y algunos mozos de la Escuadra, la cual acababa de derrotar las facciones reunidas de la Segarra , salvando un gran convoy de mercancías, y arrollando al enemigo, que la esperaba en las formidables posiciones de Puigfré, San Miguel del Grau y Puig-graciós.

No estaba ocioso por aquel tiempo el batallon de Voluntarios que mandaba el comandante Rodriguez. Hallándose este valiente jefe con solos 250 hombres en San Celoni, el 14 de Noviembre, fué atacado por 1,500 carlistas, que intentaron sorprenderle y apoderarse del pueblo : salióles al encuentro , y observando que se corrian hácia la derecha , dió al teniente PRIM el encargo de flanquearles con parte de su compañía: no sin grave peligro y exposicion de su vida ejecutó el joven oficial este

movimiento; pues, sorprendido por más de 200 hombres que habia emboscados entre espesos matorrales y al abrigo de dos casas de campo, sufrió una terrible descarga, que dejó muertos en el campo algunos de sus voluntarios. Solamente la serenidad de PRIM podia salvar á su gente de un desastre seguro: rehaciéndola al momento, y sin dar tiempo á los facciosos para aprovecharse de sus ventajas, se lanzó sobre ellos con tan denodado arrojo, que esparció entre sus grupos la confusion y el espanto; y obligándoles á desalojar las casas que ocupaban, les persiguió largo trecho, no sin ejecutar al mismo tiempo las instrucciones que le diera su jefe. Mucho contribuyó PRIM aquel dia al triunfo que alcanzaron las armas de la Reina, mereciendo por su bizarro comportamiento ser especialmente recomendado. Desconcertada la faccion, no pudo resistir el ataque de las restantes fuerzas que mandaba Rodriguez, y aquella multitud, poco antes agresora, huyó dispersa á esconder en los montes la vergüenza de su derrota.

Ya en estos dias se aprestaba el general Mina para salir á campaña; los liberales de Barcelona le rogaron que antes de marchar, declarase la ciudad y el distrito en estado de sitio, por temor de que durante su ausencia se repitiesen los anteriores desórdenes. Con repugnancia, y no sin consultar previamente al Gobierno, cediendo al fin á las reiteradas instancias que se le hacian, en 29 de Noviembre dictó Mina un bando, por el cual adoptaba aquella medida, juntamente con varias disposiciones durísimas, que fueron censuradas por sus amigos de Madrid. Despues de conceder á los carlistas el término preciso de 15 dias para que depusiesen las armas, conminaba con la última pena á todos los que, en cualquier forma y manera, les prestasen auxilios de armas, municiones, víveres, dinero ú otros efectos; á los conductores de estos artículos; á los alcaldes, bailes, curas párrocos y principales personas de las familias que habitasen las ventas ó casas solares donde se refugiaran los facciosos, á menos que justificasen no haberse hallado con fuerzas para rechazarlos, y haber dado parte lo más pronto posible de la estancia de aquellos á las tropas, ó á los comandantes de los fuertes más próximos al pueblo. Hacia tambien responsables con sus personas y bienes á los padres, tutores ó cabezas de familia de los rebeldes, de los males que estos causasen á los patriotas.

Salió Mina de Barcelona á principios de Diciembre, con ánimo resuelto de no volver hasta haber castigado á los carlistas, y desde luego se propuso atacarles en San Lorenzo de Morunys, donde aquellos habian establecido sus hospitales y su centro de operaciones de la alta montaña.

Entre tanto, el 9 de aquel mes, alcanzaba un señalado triunfo el comandante Rodriguez, arrollando con 308 voluntarios de su batallon tres facciones reunidas de unos 2,000 hombres, capitaneadas por los cabecillas Buxó¹, Grau y Zorrilla, los cuales, confiados en la superioridad numérica de sus fuerzas, le atacaron en el pueblo de Arbúcias. Reñida y porfiada fué la lucha: rechazados los carlistas al primer choque, no por esto cedieron en su empeño; tanto menos, cuanto que los fuegos de sus avanzadas eran protegidos por grandes masas, que ocupaban ventajosas posiciones. Era necesario desalojarles de ellas á toda costa, y al efecto fué designada la compañía de cazadores, á la cual pertenecía el teniente PRIM. Del éxito de esta operacion dependia el resultado de tan desigual combate, y así lo comprendieron aquellos valientes, que arremetiendo briosos al enemigo, sin disparar un tiro, y cargándole á la bayoneta, le obligaron á pronunciarse en desordenada fuga. La oportunidad y el arrojo con que Rodriguez supo aprovechar la ventaja alcanzada por sus cazadores, completaron la derrota de los carlistas, que tuvieron en esta accion 29 muertos y 22 heridos, sin que sufriesen los voluntarios ninguna baja, y sí solo pérdidas insignificantes. PRIM se portó bizarramente, haciéndose acreedor aquel dia por su comportamiento á una segunda recomendacion especial, que le valió más tarde ser nombrado caballero de la Orden americana de Isabel la Católica, en 18 de Octubre del siguiente año.

III.

Las fuerzas que mandaba el general Mina ocuparon el pueblo de San Lorenzo de Morunys ó Piteus, el 23 de Diciembre de 1835, arrojando de él á Tristany, que lo guarnecia con unos seiscientos hombres. Otros doscientos carlistas de los más intrépidos, al mando de Miralles, se encerraron en el inmediato santuario de Santa María del Hort, punto fortificado y abastecido de víveres y municiones, cuya situacion en la cumbre de una montaña elevadísima y escabrosa le hacia casi inexpugnable.

Tenian los carlistas en aquel fuerte un crecido número de prisioneros liberales, y entre ellos el coronel Monfá, gobernador que habia sido de Guisona, y cinco ó

¹ Buxó, dice la hoja de servicios de Rodriguez, que hemos consultado. Tal vez sea error de pluma, y deba decir *Burjó*, cuyo nombre se confunde fácilmente con aquel oyéndolo pronunciar en catalan.

seis comandantes de nacionales de Tamarite y de Alcámpel, á quienes conservaban como en rehenes, para conseguir que se les entregase el coronel D. Juan O'Donnell, preso en la Ciudadela de Barcelona.

Desentendiéndose Mina de las proposiciones que se le habian hecho para el cange de estos prisioneros, y resuelto á tomar por la fuerza el santuario del Hort, estrechó el sitio, y rompió el fuego. Los sitiados le advirtieron que cada cañonazo que se disparase costaria la vida á un prisionero; y en efecto, el coronel Monfá y varios oficiales de milicianos fueron fusilados, y sus cadáveres, arrojados por las ventanas, cayeron en los precipicios que rodeaban el fuerte, destrozándose en las rocas á la vista de los sitiadores.

El día 30 de Diciembre, apareció en un periódico de Barcelona un parte del general Mina, fechado el 26, y dirigido al segundo cabo D. Antonio María Alvarez, que decia:

“Ninguna novedad tengo que comunicar á V. E. en el dia de hoy. Los enemigos continúan defendiéndose en el Hort, y las tropas de S. M. los estrechan todo lo más que es dable. Uno de nuestros prisioneros se fugó de los enemigos en la noche anterior, tirándose por los derrumbaderos, y por su declaracion resulta, que aquellos, atropellando todas las leyes de la guerra, fusilaron á treinta y tres de los prisioneros que tenian en su poder, incluyendo en este número á todos los oficiales: de consiguiente, si esto es así, las medidas sucesivas que pienso dictar los contendrán en adelante.,

La publicacion de este parte, si no fué premeditada, fué por lo menos imprudente. Con ella coincidió la noticia, que circuló por la ciudad, de la resolucion que habian tomado los defensores del Hort, de seguir fusilando prisioneros, y la no menos horrible de que una compañía del regimiento de Saboya y un destacamento de nacionales, sorprendidos y apresados por Tristany y Caballería cerca de Esparraguera, acababan de ser bárbaramente asesinados.

No se necesitaba tanto para irritar los ánimos de los exaltados barceloneses, que movidos por algunos agitadores, deseaban ya de antes apoderarse de O'Donnell y de los demás prisioneros carlistas, que habia en las cárceles militares de la ciudad, y sacrificarlos en venganza de las víctimas inmoladas por las facciones. Sabíalo el general Pastors, gobernador de la Ciudadela, y deseoso de prevenir la catástrofe que amenazaba particularmente á O'Donnell, con quien le unian vínculos de antigua amistad, se habia dirigido repetidas veces al segundo cabo manifestándole que era

necesario y urgente trasladar al jefe carlista á un buque inglés, ó á cualquier otro punto donde estuviera segura su persona. Pero Alvarez no quiso acceder á ello, y antes por el contrario increpó á Pastors diciéndole: “que no extrañaba sus continuas reclamaciones sobre tal objeto, cuando habia sabido que, faltando al cumplimiento de la incomunicacion que se le tenia prevenida, no solo habia separado de su aposento al prisionero, sino que le habia tenido varias veces á comer con él.”

La verdad era que Pastors, sin traspasar los límites de su deber como militar, hacia todo lo posible para dulcificar la triste situacion de O'Donnell; pero esto mismo, y el trato humano que se daba en general á todos los prisioneros carlistas, se hacia servir de incentivo para inflamar las pasiones populares, cuya irritacion iba en aumento á medida que se recibian y comentaban las horribles noticias del Hort y de Esparraguerra: en la tarde del 4 de Enero de 1836, la exaltacion llegó á su colmo.

Un gentío inmenso iba llenando la plaza de Palacio; hablábase con calor, expresando todas las conversaciones ideas de venganza. “Los facciosos, decian, asesinan á nuestros hermanos, á nuestros parientes y amigos... ¿Y habremos de consentirlo impasibles? La sangre pide sangre. ¡Mueran los rebeldes y viles esclavos! ¡Muera O'Donnell! — ¡A la Ciudadela! ¡A la Ciudadela!.”

Poco antes del anochecer, grandes masas con tambor batiente recorrían las calles, dirigiéndose al glasis de la Ciudadela, cuya guarnicion consistia en 150 hombres de Saboya, 81 milicianos y 8 artilleros, habiendo sido reforzada, aquella mañana, con medio batallon del regimiento número 20 de línea, recién formado, sin armas la mayor parte de su gente. A esto se hallaba reducida la defensa de una fortaleza de primer orden, dentro de la cual habia tres presidios conteniendo de seis á setecientos penados, vastos almacenes con más de 3,000 quintales de pólvora y gran cantidad de municiones, y 85 prisioneros carlistas.

Al ver la actitud de la muchedumbre aglomerada en el glasis delante de la puerta principal de la Ciudadela, mandó Pastors levantar el puente levadizo; pero los amotinados, atropellando por todo, pasaron el de piedra, y bajaron al foso hasta la escarpa, amenazando asaltar la muralla y pegar fuego á la puerta con las hachas de viento que al efecto llevaban encendidas.

Pastors, sin órdenes superiores y sin medios para resistir, andaba desesperado de una parte á otra, y mientras enviaba por la puerta del Socorro un ayudante al General segundo cabo, pidiéndole instrucciones y auxilio, se asomó repetidas veces al

parapeto de la muralla preguntando al pueblo qué era lo que quería. “Que se nos entreguen los presos facciosos, y principalmente O'Donnell. Queremos los presos,„ gritaban en todas partes.

El gentio aumentaba, y en medio de sus gritos y amenazas cada vez más terribles y exigentes, en vano pretendían hacerse oír el general Pastors y el coronel D. José Montero, que con él estaba. Tratóse de que este último, que gozaba de prestigio entre el pueblo, fuese con dos comisionados á Palacio, á fin de manifestar al segundo cabo lo que la muchedumbre pretendía. Sale Montero por la poterna y habla con algunos de los amotinados; pero vuelve á poco diciendo que le había sido imposible atravesar aquellas masas compactas.

Entre tanto, el ayudante de Pastors, y un paisano enviado igualmente con un oficio reclamando de Alvarez auxilio exterior y órdenes terminantes, regresaban trayendo por toda contestación: “que el gobernador cuidase mucho de contener á los de dentro, que durante el día habían entrado en la Ciudadela para secundar el movimiento de los de fuera, entre tanto que él tomaba sus disposiciones con respecto á estos.„

Supieron los amotinados esta contestación casi al mismo tiempo que Pastors la recibía; y seguros de que tenían dentro quien les ayudase, se precipitan agitando las hachas encendidas, y mientras unos pegan fuego á la puerta principal, corren otros á poner escalas contra la muralla y emprenden el asalto. En breves momentos coronó el baluarte del Rey un sinnúmero de gente armada: los soldados y los milicianos de la guarnición daban las manos á los que trepaban por las escalas, resonando en medio del tumulto los frenéticos gritos de ¡ Viva la libertad ! ¡ Viva Isabel III ! ¡ Viva Saboya ! ¡ Vengüemos á sus compañeros sacrificados ! ¡ Mueran los asesinos de nuestros parientes y hermanos ! ¡ Mueran los facciosos !...

Todos rodeaban al gobernador, que pudo contenerlos durante algunos momentos, ofreciendo entregarles los presos, con tal que no atentasen contra sus vidas en el recinto de la fortaleza, y si los presentasen al General para su determinación: pero aumentándose la muchedumbre, crecieron los gritos y las exigencias. Piden unos las llaves de los calabozos, mientras otros más audaces é impacientes descerrajan á tiros la puerta de la torre de Santa Eulalia, y entran con hachas encendidas en la estancia de O'Donnell... Era un valiente, y no merecía la muerte horrible y alevosa que le dieron. Avalanzóse á coger las armas con que sus agresores le apuntaban, gritando desesperado: “Dénme una espada, y al menos no moriré vilmente asesina-

do., Disparáronle dos tiros, y cayó revolcándose en su sangre. Su cadáver, arrojado al foso, y desde allí arrastrado por las calles de la ciudad hasta la Rambla, fué consumido por las llamas de una hoguera....

Entre tanto, sucumbian todos los detenidos en las cárceles de la Ciudadela, incluso un coronel y dos capitanes sardos, que pocos días antes habían llegado á Barcelona, y á quienes se atribuía la misión de promover en esta ciudad una insurrección carlista, mientras en Génova se proyectaba una expedición miguelista contra Portugal.

“Muchos de los cadáveres hacinados, dice un testigo ocular de aquellos excesos, fueron también consumidos en la pira formada con la paja de los jergones. Consumado el horroroso acto, muertos ya todos los presos por opinión carlista, se dió principio al despejo del recinto, que quedó verificado á las diez y media de la noche, abriendo para el efecto la puerta principal de la Ciudadela y bajando el puente.,”

¿Qué hacía, entre tanto, el general Alvarez? Permanecía tranquilo en su palacio, rodeado de otras autoridades, de militares y comandantes de la Guardia nacional, deliberando estérilmente sobre el medio de contener los excesos aun no terminados. Los batallones y escuadrones y la artillería de la Milicia llenaban la plaza de Palacio, en tanto que la muchedumbre amotinada invadía el fuerte de Atarazanas y el de Canaletas, repitiendo en ambos puntos las sangrientas escenas de la Ciudadela, y cometía por último el más inhumano atentado, sacando del Hospital militar tres infelices heridos, y fusilándolos en un callejón inmediato al edificio.

Ciento veintitres víctimas fueron de este modo sacrificadas aquella horrible noche; sacrificios inútiles, que pedían y obtuvieron otras víctimas. Las autoridades continuaban deliberando... Alvarez solo tuvo valor para preguntar con energía á los jefes de la Milicia que le rodeaban: “¿Están ustedes resueltos, sí, ó nó, á impedir la continuación de estos desórdenes?,” Y levantándose todos, contestaron “que lo ofrecían y lo cumplirían, asegurándole que se contendrían los excesos, *menos el de ser fusilados los facciosos, pues esta era la voluntad general.*,”

Culpable aparece ante la Historia el general Alvarez, no tanto por su falta de energía para impedir los atentados de la noche del 4 de Enero, pues nadie podía ya contener aquellas masas desbordadas, sino por haberlos provocado consintiendo la publicación del parte de Mina, y por no haber hecho nada para evitar con tiempo la espantosa catástrofe que todo el mundo preveía.

Restablecida momentáneamente la tranquilidad, volvió á verse turbada al ano-

checher del día 5. Algunos grupos de nacionales y paisanos, reunidos en la plaza del Teatro, enarbolaron una tabla en que habian escrito: *Viva la Constitucion*; y llevándola en triunfo por las calles, la colocaron alumbrada con hachas en la galeria principal de la casa Lonja, frente al palacio del General. El comandante del 6.º batallon de la Milicia, D. Antonio Gironella, se puso á la cabeza de sus voluntarios, y proclamando igualmente la Constitucion, marchó con ellos á la plaza de Palacio, donde aguardaba el escuadron de lanceros nacionales, dispuesto á contrariar el movimiento. Los demás cuerpos de la Milicia iban acudiendo al mismo punto; unos decididos á secundar el grito dado por Gironella; otros inclinados á rechazarlo por inoportuno; y los más, indecisos, sin saber qué partido tomar.

Describiendo el espectáculo que presentaba la plaza de Palacio, dice un testigo de aquellos sucesos:

“Diez mil bayonetas se descubrian al reflejo de millares de luces que iluminaron la plaza: todos se miraban; el pasmo y el terror se asomaba por los semblantes de aquellos ciudadanos: ni un eco, ni un fusil se oia: ni la noche más pacífica y serena de los desiertos es tan silenciosa, como la del 5 de Enero lo fué en la plaza de Palacio de la populosa Barcelona, ocupada por numerosas huestes de infantes, caballos, artilleros y sin fin de paisanos. Cada batallon en masa cerrada se presentaba en actitud imponente, sí; pero no atinaba á decir contra quien: la lápida, enseña de nuestra regeneracion, patente: batallones pronunciados; otros que deseaban lo mismo; alguno que indicaba oponerse; las autoridades *vilmente retractadas*; los que habian dado el grito altamente comprometidos... ¡Ah!... el disparo de un solo fusil en aquel terrible momento habria bastado para presentar á la faz del universo una noche de horrores, sangre y desolacion!...”

Y esto era lo que se queria: esto lo que se evitó milagrosamente, gracias á la actitud enérgica que, lleno de miedo, supo tomar el general Alvarez, y gracias á ese instinto maravilloso que suele mover á los pueblos en las crisis supremas que atraviesa la sociedad. Lo que pasaba entonces en Barcelona es inexplicable, y la Historia tiene que andar sobre ello pisando tinieblas. Cuanto se ha escrito acerca de aquellos acontecimientos es puramente hipotético: no hay pruebas de la verdad; los documentos mismos que se conservan la desfiguran ú oscurecen. Pero á través de los hechos y de las relaciones interesadas que han llegado hasta nosotros, se descubre un profundo abismo, en cuyo fondo nos parece ver rebullirse, oscura, impenetrable, una negra intriga, una trama inicua, de la cual eran juguete las autoridades,

algunos jefes de la Milicia y los más ardientes patriotas. Instrumentos de esta horrible trama, cuyo autor estaba quizás al lado del General, iban ellos mismos á destrozarse, bajo pretexto de proclamar la Constitucion de Cádiz. Divididos los liberales en constitucionales ó exaltados y estatutistas, se queria promover entre ellos una colision sangrienta, sin otro objeto que el de ahondar más la division, producir desórdenes y poner embarazos á la marcha política de Mendizábal, á quien luego se acusó injustamente de haber sido el instigador de aquellos tumultos, para tener un pretexto en que apoyar la falta de cumplimiento de sus promesas.

Alvarez consintió la matanza de los prisioneros carlistas, y se le suponía en inteligencia con los pronunciados el 5 de Enero. Sin duda tuvo una inspiracion feliz ó revelaciones oportunas, en el momento crítico de hallarse rodeado de algunos jefes de la Milicia, que habian subido á Palacio á manifestarle la inconveniencia de aquel movimiento y su *origen impuro*. De repente aparece á caballo en medio de la plaza, y al mismo tiempo se rompe el silencio y se oyen gritos de *¡No conviene! ¡No es oportuno! ¡Abajo la lápida!* Esta voz es repetida instintivamente por la multitud. — El general invoca el orden y el imperio de las leyes; da un viva á Isabel II, y algunos comandantes de nacionales contestan: “¡Viva la union! ¡Vivan las autoridades!”

Por un momento creyeron muchos que iba á comenzar el combate; cunde la alarma y la confusion entre las filas de la fuerza ciudadana: en aquel crítico instante, un lancero se presenta en la azotea de la Lonja, apaga las hachas y derriba la lápida. “Si otro hombre hubiese habido tan osado para arrojarle entonces sobre el lancero que á tanto se atrevia, dice un historiador ¹, la plaza de Palacio era teatro de una horrorosa catástrofe, que con espanto hubiera legado la historia á las generaciones futuras.”

Pero nadie se opuso y todos callaron. Alvarez invitó á los batallones á retirarse batiendo marcha para tranquilizar la poblacion alarmada, y él mismo recorrió una parte de la ciudad á la cabeza del 6.º batallon, despidiéndose de su comandante en la plaza del Pino. A los pocos momentos se presentó un ayudante del General á Gironella, y le entregó un pliego: era una orden mandándole permanecer arrestado en su casa. Gironella la leyó á la luz de un farol, y sin decir á nadie su contenido, envainó la espada, mandó romper filas, y se retiró, dando así una prueba de acrisolado patriotismo.

A la una de la madrugada fué preso Gironella y conducido á bordo del navío

¹ BALAGUER, *Historia de Cataluña*.

inglés *Rodney*. Otros varios sugetos, muy conocidos por sus ideas avanzadas, y amigos de Mina, fueron igualmente aprisionados en el mismo buque, siendo luego confinados á Canarias sin formacion de causa. Entre ellos se contaban los Sres. Montero, Raull, Bertran Soler, Xaudaró, Balart, Degollada y otros, así como tambien el célebre D. Eugenio Aviraneta, que habia venido á Barcelona con la comision “de sostener y aumentar el espíritu liberal de algunas de sus autoridades y habitantes,„ y que hasta las once de aquella misma noche estuvo en Palacio y en amistosa conversacion con Alvarez ¹.

Al saber los acontecimientos del dia 4, Mina corrió precipitadamente á Barcelona, donde entró el 6 por la tarde: aprobó las disposiciones dictadas por el segundo cabo, y publicó una proclama en la que decia: “Jamás hubiera creído que dentro del recinto de la liberal Barcelona se abrigasen hombres que, so color de promover la libertad é invocando su santo nombre, entronizáran la anarquía, hollando las leyes y arrastrando en pos de sus inícuos planes el trono de nuestra inocente Isabel y las libertades patrias... Isabel II, Libertad, Orden: ved aquí repetida mi profesion de fé. Los que profesaren otros principios, ó huyan á aumentar esas hordas de asesinos que invocan otro nombre, ó prepárense á que la ley use de su fuerza contra ellos.„

¿Qué significaba este language en boca de Mina? ¿Qué su proceder arbitrario con los hombres más adictos á sus propias ideas, por el delito de haber intentado proclamar la Constitucion? ¿Por qué no se les formaba causa, y se les deportaba sin oírles? Mina tenia, sin duda, motivos poderosos para obrar así: la política y la prudencia lo exigian: á los que le hicieron cargos por esta conducta, dícese que les contestó: “Mi deber, si intervengo en este asunto, es sujetar los presos á un consejo de guerra. ¿Será mejor emplear este medio, por el cual habria que fusilarles, ó que, aunque ilegalmente, sean deportados á Canarias, de donde podrán volver pasados algunos meses?„

No decia Mina todo lo que pensaba. La formacion de un proceso habria obligado probablemente á condenar á muchos, que permanecian tranquilos en sus casas, y era imposible castigarlos en aquellas circunstancias, sin provocar mayores trastornos: las mismas autoridades podian resultar complicadas en el asunto, cuando menos, por haberse dejado sorprender. — Graves cargos les hicieron los deportados, acusándolas de arbitrariedad; de haber provocado el asesinato de los presos, y pre-

¹ PIRALA. Obra citada.